

4-22-2-60

Don. p. el autor  
ref. Abril. 97.

38-9

20,

7

EL QUINTO CENTENARIO  
DE LOS  
**MARTIRES DE LA ALHAMBRA**  
DE GRANADA



**POR EDUARDO CARO**  
**A. M. D. G.**

1897

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE TERCEÑO  
Beneficencia 2.—Madrid.



Caribbean University  
TRINIDAD  
C  
Estado 33  
Ref: 100 (H)



R. 22.812

EL QUINTO CENTENARIO  
DE LOS MARTIRES DE LA ALHAMBRA  
DE GRANADA

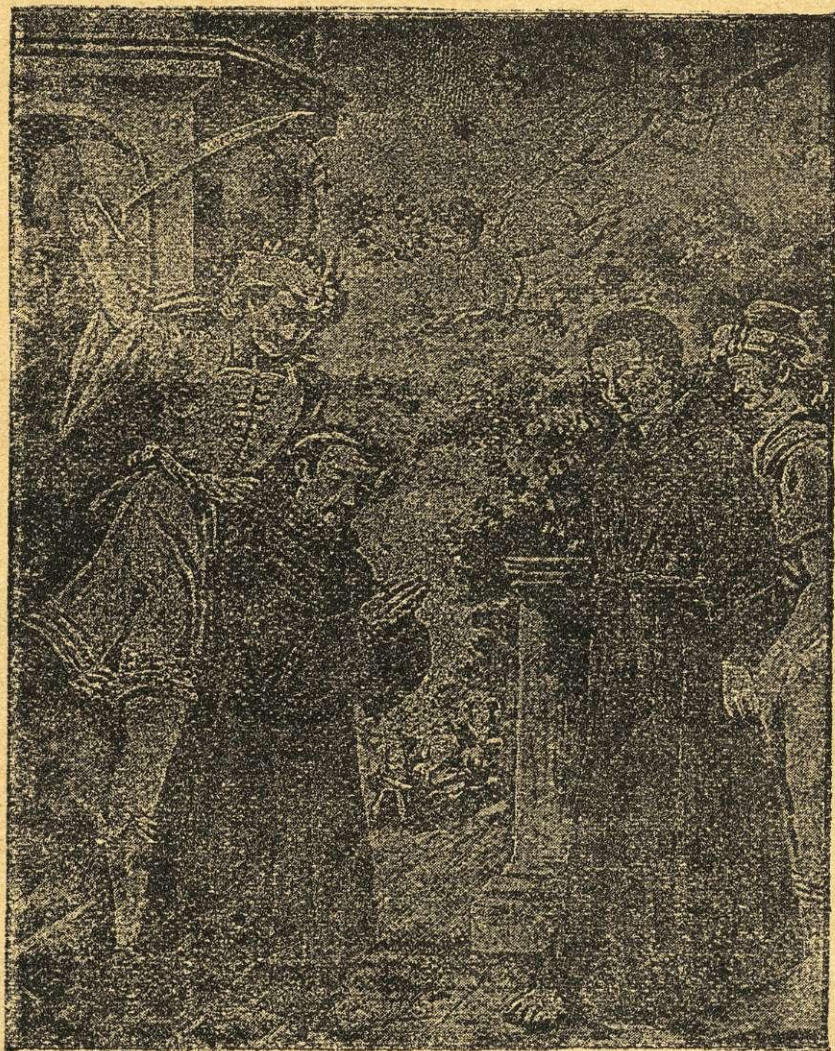








EL QUINTO CENTENARIO  
DE LOS  
**MÁRTIRES DE LA ALHAMBRA**  
DE GRANADA



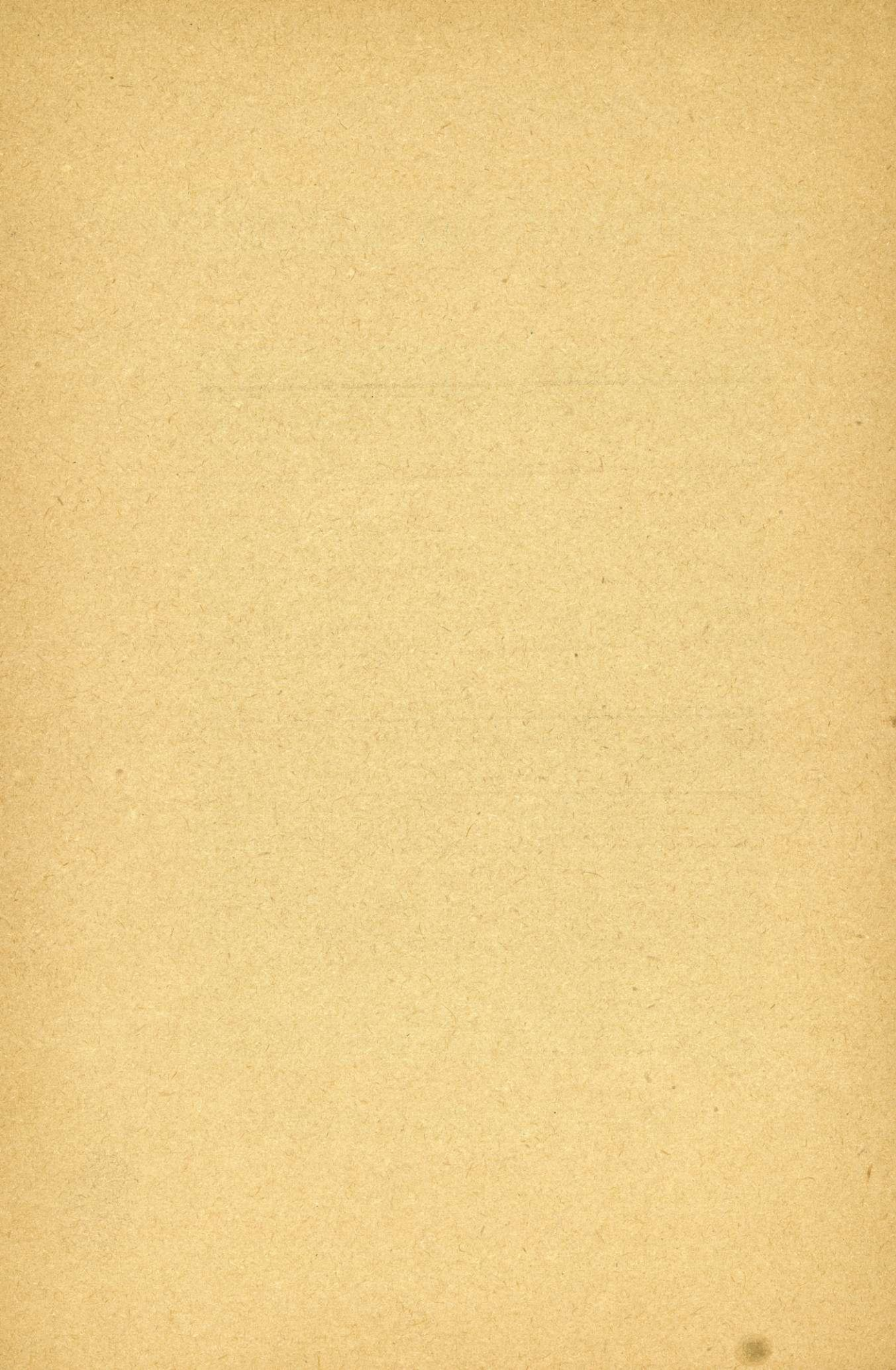
POR EDUARDO CARO  
A. M. D. G.



1897

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE TERCEÑO  
Beneficencia, 2.—Madrid.







A los Reverendos Padres Salvador Fernán-  
dez y Antonio Mariscal, Presbiteros, de  
la Congregación del Santísimo Redentor  
fundada por San Alfonso M.<sup>a</sup> de Ligorio.

*Aparte de los títulos que ustedes tienen á mi consideración  
y aprecio, hay un motivo especial que me obliga á dedicarles  
este pobre trabajo mío, hecho en honra de Dios y en memoria  
de los Santos mártires franciscanos Fray Juan de Cetina y  
Fray Pedro de Dueñas. Este motivo es, ser ustedes granadi-  
nos y haber hecho misiones como ellos en Ciudad tan querida  
de mi corazón y en los pueblos de su Diócesis.*

*Acepten, pues, esta dedicatoria y perdonen á su siempre  
seguro servidor que sus manos besa,*

*Eduardo Caro*









No pretendo escribir las vidas de los Mártires de la Alhambra Fray Juan de Cetina y Fray Pedro de Dueñas, patronos, en la Seráfica Orden Franciscana, de la provincia de Granada. Ya lo hizo ámpliamente há muchos años el Padre Salvador Lain, habiendo dado además infinitos datos acerca de aquellos Bienaventurados en época aún más remota Fray Juan de Tello, Fray Felipe de Sosa, Fray Juan Wadingo, Fray Alonso de Alvarado, Fray Marcos de Lisboa, Fray Juan Ramírez de Lara, Fray Rafael Cañete y Fray Antonio Caulin. A su vez la Crónica Seráfica tiene consignada relación extensa de sus hechos y santo fin; existiendo también manuscrita una preciosa historia de esos mártires debida á la pluma del que fué Canónigo de la Catedral de Granada Don Francisco de Asís Ruiz Polo, Comisario Visitador de los Terciarios seculares de la misma Ciudad.

Yo únicamente aspiro á renovar la memoria que merecen les tenga la Ciudad que los vió morir por la fé de Cristo, donde tan solo una columna de piedra situada ante la Iglesia de Santa María, un cuadro que en esta Iglesia existe describiendo su martirio, y una vidriera de colores en lo alto de la Catedral, son los recuerdos que



quedan de tan esclarecidos varones después de derruido el Convento de San Francisco que se levantó cerca del lugar en que fué derramada la sangre de los mismos.

La ocasión es propicia. Próximo se halla el quinto centenario del martirio de estos santos franciscanos; y como no sería perdido tributarles en tal época una muestra de veneración, menos lo será poner al alcance de todos, ahora, algunas noticias de sus hechos y santas muertes, para mover el espíritu á aquel propósito.

## II

Fray Juan de Cetina y Fray Pedro de Dueñas, fueron dos almas predestinadas para gozar de la gloria de Dios en recompensa de sus virtudes. Nacido el primero allá por los años de 1360 en la Villa de Cetina, que se halla á unas cinco leguas de Calatayud, é hijo de Juan Lorente, hombre honradísimo, á quien desastres de la guerra que Don Pedro I de Castilla sostuvo con sus hermanos privara de bienes de fortuna, sábese que desde luego fué encaminado por la senda que conduce al Cielo, que es la del obediencia á los mandatos de Dios y el amor á Jesucristo, sin descuidar su instrucción en letras y latinidad, aunque en este punto tuvo que hacer algún paréntesis por haberle forzado su falta de medios de subsistencia á entrar de servidor en la casa de los Señores de aquel pueblo. Estos, viendo sus virtudes y modestia, prefiriéronle mucho y le estimaron digno de recompensas privilegiadas: mas conociendo nuestro Juan que lo



que podía en todo caso adquirir allí serían los goces que dá el mundo y no la paz cristiana que conduce á la vida eterna, determinó buscar el camino de ella á toda costa, dejando sin tardanza cuanto le rodeaba, á cuyo fin abandonó la suntuosa morada de aquellos sus señores, cambiándola por la pobreza que en soledad apartada le ofrecía una gruta que había visto en sueños y que parecía estar cerca de Cartagena. En efecto, á pocas leguas de esa ciudad y menos distancia del mar, halló un lugar montuoso, solitario, con cierta pequeña ermita dedicada á San Ginés, donde algunos anacoretas hacían vida penitente; y allí hubo de quedarse, considerando que este apartado lugar era el asilo feliz que únicamente le podía librar de las acechanzas de nuestros enemigos del alma (mundo, demonio y carne), y conducirle más tarde á la gloria de Dios.

No hay para qué hablar de los adelantos virtuosos que hizo en este desierto, pues conocido es lo que San Basilio dice respecto á que «Dios habita en el solitario»: bastando consignar que allí, como premio á su fé, recibió la alta inspiración de entrar en la Seráfica Orden de San Francisco de Asís, lo cual verificó en el convento de Monzón por precepto del Padre provincial de los Claustrales del Reino de Aragón, puesto que aún no estaba fundado el de San Ginés de la Xara, en la provincia de Cartagena.

Ordenado en aquel de Sacerdote, después de un noviciado en que fué verdadero modelo, muy pronto le enviaron á Barcelona para que estudiara Artes y Teología, seguros cual estaban sus superiores de que en esas ciencias había de ser aventajadísimo maestro y predicador nada común. Fuélo en efecto, como tantos y tantos Frailes de la Orden Seráfica lo han sido; porque en esto del saber, esa Orden se ha distinguido muchísimo siem



pre, desde San Buenaventura, uno de los primeros Catedráticos que tuvo instituido y nombrado por el fundador de ella San Francisco, hasta los que en el día conocemos y cuyos nombres no citamos por no ofender su modestia ni su humildad, virtudes en que sobresalen grandemente; siendo prueba y demostración de que no es la ignorancia del saber la que predomina en los claustros, ni que los fundadores de las órdenes religiosas aconsejen abstraerse de toda clase de ciencia, por más que no rechacen á los que carecen de ella si son limpios de corazón y si su fervor suple la falta de conocimientos á la manera que después manifestaremos respecto á Fray Pedro de Dueñas.

Pasado á Valencia Fray Juan de Cetina, hizo predicaciones que la fama sublima y ha inmortalizado, sobre todo por la persecución que de los judíos existentes allí entonces sufriera con peligro de su vida: mas cuando más dedicado se encontraba á tales predicaciones, hé aquí que llega noticia del martirio que habían padecido el año 1391 en Jerusalem ciertos venerables padres Franciscanos, llamados Donato, Nicolás, Pedro y Esteban, y éntrale deseo de derramar también su sangre por la fé de Jesucristo, á semejanza que á San Antonio de Padua excitó á lo mismo el ejemplo de los Santos mártires de Marruecos Pedro Berardo, Acursio, Adjuto y Otton. Con tal intento pasó á Roma á besar el pié de Bonifacio IX, á quien suplicó el permiso correspondiente para ir á Turquía á hacer misiones: pero el Santo Padre, no juzgando que entonces convenía allí proseguirlas, solo se lo concedió para verificarlas en tierra española de moros donde obtendría los mismos frutos.

A virtud de este permiso y con la vénia del provincial de la Orden, que lo era el Padre Fray Pedro de Villacreces, después de la superior autorización del Capí-



tulo que se celebró en Burgos el año de 1396, empezó á prepararse para su marcha á la ciudad de Granada en que la morisma continuaba ondeando el pendón de Mahoma. Estos preparativos fueron: ásperas penitencias que le purificasen; oraciones fervientes á Dios para que lo hiciera digno de su gracia; y la elección de un compañero que con él compartiese los trabajos de la misión, pues consideraba grato á los ojos de Jesús que sus discípulos fuesen de dos en dos á evangelizar, lo cual había practicado el mismo San Francisco, por ser eficacísimos los soplos de la caridad recíproca para conservar vigorosa la llama del santo celo por la salud de las almas, y contribuir á endulzar los torrentes de tribulación que en casos tales hace llover el espíritu maligno sobre los confesores de la fé cristiana.

Muchos eran los Religiosos de su Orden que á ello se prestaban, mas por ninguno se decidió, hasta que tuvo lugar lo siguiente: Estaba Fray Juan asomado á la ventana de su celda en el convento de San Francisco del Monte, donde á la sazón residía, cuando vió venir cierto hombre montado en una mula con dirección al propio convento; y sin más antecedente que una luz sobrenatural que en su pecho sintiera, en el acto se baja alborozado á donde estaban los Religiosos, sus compañeros, y exclama: «Ya, Padres, tengo quien conmigo vaya á predicar á los moros, pues viene por el camino un mozo á pedir nuestro hábito, trayéndole Dios para que me acompañe así que profese.»

Este mancebo, que aún no contaba diez y siete años, era Pedro de Dueñas, natural de Bujalance, en la provincia de Córdoba, é hijo de Alonso de Dueñas é Isabel de San Sebastián; se dedicaba á la labor del campo cuando sintió intensa vocación de entrar en la Orden de San Francisco; accedió su padre á ese buen deseo y con se-



mejante fin venía al referido convento del Monte; en el que fué recibido con gran complacencia, merced á lo que de él había dicho Fray Juan de Cetina. Aunque ninguna ciencia tenía y hasta le costaba dificultad rezar en alto un Padre Nuestro, sus virtudes eran muchas, y oraba con el corazón fervorosísimamente. Devoto de María Santísima, pocos le igualaban en amor á esta gran Madre de Misericordia; y como suplía con todo esto lo que le faltaba en sabiduría, nadie se atrevió á contradecir la resolución tomada ni á impedir que marchasen á recibir las últimas bendiciones de su superior tanto Fray Juan de Cetina, cuanto el nuevo religioso Fray Pedro de Dueñas, profesado que hubo en la Orden.

Residía este Superior en el convento de San Francisco de Córdoba, y allá fueron ambos con el indicado objeto. Bendíjolos aquél, habiendo quedado de ese acto indeleble memoria en el sello que luego empezó á usar este convento, consistente en las imágenes de los dos Santos franciscanos y una dicción latina que decía: «Tomada la bendición del Ministro de Córdoba, fueron martirizados en Granada Fray Juan y Fray Pedro.»

Por Bujalance, Alcaudete y Alcalá la Real hicieron su camino hasta Granada; y á vista de esta ciudad, sacó de debajo del hábito Fray Juan aquella famosa Cruz guarnecida de hierro que se veneraba en el altar colateral de la Iglesia de San Francisco de la Alhambra antes de ser destruido ese convento, exclamando: «¡Oh, ciudad altísima en hermosura, Dios te santifique para que merezcas ser llamada ciudad de Dios!»

Esto sucedía el Domingo 28 de Enero de 1397, y ya al día siguiente eran llamados por el Gobernador que regenteaba la ciudad en ausencia del Rey Mahomad Abenbalba, residente entónces en Málaga. Oyóles el propósito, supo que desde el momento de su llegada habían



empezado á predicar las doctrinas de Cristo contra las del Corán, y antes de transcurrir algunas horas, estaban encerrados en las mazmorras preparadas para los criminales más famosos.

Allí empero, no se descuidaron en las tareas de su ministerio, aunque en realidad sin conseguir triunfos grandes y sí sólo acelerar la época de su martirio, porque siendo condición propia del islamismo dar rienda suelta á las pasiones, pocos sectarios de Mahoma se avienen á sujetarlas á la razón, que es cabalmente lo que el cristianismo predica. De ahí que los mahometanos, á quienes el Corán no prohíbe durante la vida los deleites y la voluptuosidad, y á quienes para después de la muerte se los promete aun mayores, pocas veces dejen religión que tanto halaga á sus sentidos y menos se avengan á tomar la nuestra; habiendo sido casi siempre ciegos antagonistas de los cristianos, apelando al alfange para acabar con lo que contraría su manera de ser.

### III

Vuelto de Málaga Mohamad en Abril de 1397, mandó fuesen comparecidos en su presencia ambos franciscanos: y con la dureza de alma que le era propia, exigióles la apostasía en término señalado, advirtiéndoles que, de no efectuarla, serían degollados transcurrido aquel plazo.

Este Mahomad fué hombre altivo, ambicioso y de condiciones tales, que lo siguiente sobra para demostrarlo. Cuando reinaba su padre, Abú Abdalá, logró ha-



cerse cierto partido entre los alfakis intolerantes y fanáticos por la religión de Mahoma, é incitóles á que preparasen contra aquél la opinión del vulgo inconstante, culpándole por su familiaridad con los cristianos y por las deferencias que con ellos había tenido, concediendo á algunos la libertad gratuitamente. Tan pérfidas exortaciones engendraron un grave tumulto que se aproximó á las puertas de palacio exigiendo con grandes gritos y amenazas la deposición de Abú y su reemplazo por Mahomad. Abú, al ver desde los agimeces, donde se asomó, la fiereza de los descontentos, y el peligro que corría su vida, huye acobardado á la más lejana de sus habitaciones, resuelto á abdicar la corona, como le pedían, en ese hijo culpable, aunque á ésta tenía perfecto derecho el mayor de ellos llamado Jusef. Pero se hallaba allí á la sazón el embajador de Fez, grave personaje muy respetado del pueblo, no sólo por la investidura de su cargo, sino también por la fama de su valor y sabiduría; quien al saber la debilidad del Rey Abú y el abandono que iba á hacer de su cetro, colocándolo en persona tan indigna de merecerlo como Mahomad, decidió, para impedir semejante acto, montar á caballo y salir á la plaza á arengar á los revoltosos, haciéndolo con pausado ademán y severo continente en un discurso en que les pintó los horrores de la guerra civil, la maldición que el Profeta echaría sobre los ambiciosos, y la necesidad de sacrificar el provecho de unos pocos al bien de los más; concluyendo con decir (1): «¿qué fué de la gloria de los Omiades, de los Almovarides y Abenhudes, bajo este mismo hermoso cielo que ahora nos cobija? Desapareció como el humo, desde el día en que la discordia armó al muslime contra el muslime: empezó á nublarse, desde el momento en que guerras fraticidas sellaron con sangre este

---

1) Lafuente Alcántara.—«Historia de Granada.»



suelo feraz. ¿Y queréis proseguirlas? ¿Por qué no esgrímís esos aceros contra las huestes castellanas que acechan vuestras discordias desde la frontera para dar á Granada el golpe de gracia? ¿No advertís el júbilo con que miran vuestra actitud rebelde al Rey que Alá os ha dado? El creyente que se sienta poseido de celo por la causa del Profeta, apareje su caballo y empuñe la lanza, que ya Abú está desplegando sus pendones y reuniendo en torno suyo leales caballeros que lleven el terror y la muerte á los campos enemigos; y cuando la fama pregone sus proezas y sus triunfos, verán los ingratos de hoy qué príncipe ofendieron y querían sacrificar en aras de sus caprichos y ambiciones...» Con esto las turbas afectas á Mohamad se deshicieron, Abú por ello dejó de abdicar en este su segundo hijo, y todo se calmó por entonces: habiéndose visto obligado, sin embargo, aquel Rey para conservar su corona, á romper las treguas que tenía con los cristianos, y á invadir los campos de Murcia, donde hizo desaparecer con la tea incendiaria árboles y mieses, destruyó rebaños sin número, y corriéndose hasta Caravaca logró ventajas que habrían sido aún más lloradas que lo fueron, si el Adelantado D. Alonso Fajardo no hubiese conseguido contra tan enemigas huestes, milagrosa victoria que las detuvo en su camino, merced á la protección de la Virgen de las Huertas, venerada desde remotos tiempos en su Santuario de Lorca.

¡Mas, vano empeño el de Abú! Por singular motivo vino un día á usar, subido en brioso caballo, cierta aljuba de oro y seda, paseando sobre él largo rato; y de allí á poco empezó á sentir agudísimos dolores con todos los síntomas de feroz envenenamiento: agravóse el mal con lepra y úlceras en todo el cuerpo, y á los treinta días murió, no sin que fuese achacada á Mahomad su hijo, la causa de su fallecimiento.



Pertenecía la corona, según queda indicado, al referido hijo mayor de Abú, jóven por cierto muy bondadoso, discreto y dotado de otras iguales condiciones que además le hacían muy merecedor de aquella; pero Mahomad, contra toda razón y justicia, logró ceñírsela con el favor de los turbulentos, después de haber sorprendido á ese su mayor hermano cuando dormía, á quien envió preso con grandes precauciones á la fortaleza de Salobreña, que venía sirviendo á los Reyes de Granada de retiro, á la vez que de depósito de algunos tesoros.

#### IV

Llegó el día en que terminaba el plazo dado á Fray Juan de Cetina y Fray Pedro de Dueñas para que apostatasen ó murieran víctimas de su amor á la fé de Jesucristo, y fueron llamados de nuevo ante Mahomad, quien les dijo: ¿Estáis ya resueltos? ¿Habéis tomado por Dios verdadero á Alá, ó continuais en vuestro ciego error de considerar que lo es ese Jesús á quien adoráis? «Sí,» respondió Fray Juan de Cetina con dulce acento y echando suave mirada á la multitud de personas que estaban presentes: «nosotros continuamos adorando y adoraremos siempre á Jesús, una de las tres personas de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo: á aquel Jesús cuyas doctrinas obraron tan portentoso cambio en las ideas, costumbres y política del Universo mundo, que hizo amar á los hombres la pobreza más estrecha y detestar las riquezas y los mayores deleites: á aquel que, como Dios, con una sola palabra, creó y formó el Cielo,



»la tierra, el mar, y todo lo que tiene ser visible é invisibile: al mismo que también con una sola palabra, y aún »sin pronunciarla, puede destruir y aniquilar cuanto por »su sola y absoluta voluntad hizo y existe: á Jesús, que »por caridad y amor al hombre y compadecido de sus »miserias, tomó carne en el seno purísimo de la siempre »Virgen María, por obra del Espíritu Santo, y se dignó »nacer real y verdadero hombre, sin dejar de ser Dios »para redimir, salvar, glorificar y reponer á la humanidad en el alto puesto de honor y dignidad en que fué »criada y del que había caído por el pecado de desobediencia de nuestro primer padre Adán, á quien sugestionó la envidia y astucia de su cruel enemigo el demonio: al mismo Jesús que siendo Dios impassible y sumamente dichoso, por medio de su Encarnación se sometió á todos los padecimientos, dolores y necesidades humanas, y que á pesar de haber colmado de beneficios al pueblo que le vió nacer, fué clavado por este su pueblo en afrentosa Cruz, espirando en ella después de millares de insultos, blasfemias, dolores y sufrimientos horribles, sin que tan pérfida correspondencia pudiera extinguir en su alma divina el amor más ardiente á los hombres: á Jesús, cuyo cuerpo encerrado en el sepulcro y custodiado con la más exquisita vigilancia, resucitó al tercero día por su propia virtud y poder, glorioso y triunfante de la muerte: al mismo que elevándose sobre las nubes, entró en los cielos en cuerpo y alma y se halla sentado á la derecha de Dios Padre: al Jesús, en fin, que para memoria se ha quedado con nosotros y está verdadera y realmente en cuerpo, alma y divinidad, en la hostia consagrada por sus sacerdotes, viendo cuanto pasa en nuestro corazón, y en la hora de la muerte nos ha de pedir estrecha cuenta de nuestros pensamientos, palabras y acciones, habiendo en el día último del mun-



»do de volver lleno de gloria y majestad, á juzgar públicamente á todos los hombres, premiando con gloria eterna á los buenos y castigando á los malos, con penas eternas también, de los cuales será uno vuestro profeta Mahoma . . . »

—No hay más Dios que Alá, y Mahoma su profeta— exclamó el Rey Mahomad, ciego de ira, y levantando furioso el bastón que empuñaba, lo descargó una y otra vez con gran ímpetu sobre la cabeza de Fray Juan, haciéndole saltar un ojo y rompiéndosela por diversas partes. Después desenvainó el alfange, y de un horrible tajo se la cortó completamente, convertido en feroz verdugo y duro ejecutor de inícua sentencia. El mártir cayó inerte sobre una laguna de sangre que en torno suyo se formó, y el espanto más grande vino á apoderarse de todos.

## V

Volviéndose en seguida Mahomad hacia Fray Pedro de Dueñas, quien con los ojos fijos en el suelo y su corazón elevado al Cielo había presenciado el martirio del Padre Cetina, dijo:—Con lo que acabas de ver ¡oh, jóven! habrás aprendido á escarmentar; maniéstame, pués, para que yo obre, si quieres conservar la vida haciéndote partidario de Mahoma á fin de disfrutar de riquezas aquí, y después de los deleites que promete el Corán, ó si deseas perderla por permanecer profesando como tu compañero una fé que exige sacrificios imposibles de hacer.—«Tus riquezas, repuso Fray Pedro, sirvan para tu



»perdición y no la mía: yo estimo en más los tormentos  
»y la muerte con que me amenazas, que los goces con  
»que me brindas: aunque tú no lo conozcas, nosotros al  
»morir conseguimos triunfo imperecedero, pues vamos  
»al Cielo á disfrutar de la presencia de Dios que es la  
»verdadera dicha. Por tanto, no demores mi ejecución,  
»si no es que antes quieres entregarme á tormen-  
»tos durísimos los cuales deseo sufrir paciente en gloria  
»de mi Dios.» Ordenó en efecto Mahomad que los verdu-  
gos le aniquilaran á bastonazos; y al advertir que solo  
una dulce sonrisa y algunos *Deo gratias* eran las quejas  
y ayes de dolor de Fray Pedro de Dueñas, ciego otra  
vez de ira, quitóle, como á Fray Juan de Cetina, la vida,  
cortándole la cabeza sin más dilación.

Estas muertes tuvieron lugar el Sábado 19 de Mayo  
de 1397 (1), siendo Sumo Pontífice Bonifacio IX; Reyes  
de Castilla, D. Enrique III, llamado el Enfermo, y Doña  
Catalina; Ministro general de la Orden de Nuestro Padre  
San Francisco, Fray Enrique Alfaro de Asta; Ministro  
provincial de Castilla, Fray Juan Vidal, y Custodio de  
la de Sevilla, Fray Alonso.

Juntos por los piés fueron atados los dos cuerpos de  
los mártires; y asegurando sobre ellos sus cabezas, los  
engancharon bajándolos arrastrados desde la Alhambra  
hasta llegar en medio de la más espantosa gritería y  
soeces dicterios, á un sitio que se denominaba «Lugar  
de malhechores,» por ser en el que enterraban los moros  
á los cristianos ajusticiados; donde luego piadosamente  
fué erigido un templo con la advocación de San Grego-  
rio. De allí los recogieron algunos cristianos y principal-  
mente ciertos comerciantes catalanes, testigos de lo ocu-  
rrido, los cuales se llevaron muchos de sus restos á

---

(1) Lain.





Vich, cuya autenticidad se hizo constar en la Visita Pastoral que efectuó en esa su Diócesis el Obispo D. Pedro Jaime, el 13 de Mayo de 1588, por ante el notario Juan Vinyes, quien encontró adjuntas á tales reliquias, antiguas é indubitadas testimoniales.

El culto de estos mártires, que venía siendo inmemorial, principalmente por lo que respecta al Venerable Juan de Cetina, fué confirmado y extendido á la Orden de menores franciscanos de la provincia de Granada, y para los respectivos pueblos de los nacimientos de aquellos, á instancia del Cardenal Belluga y siendo ponente el Padre Provincial Fray Antonio Castilla, á virtud de decreto de Su Santidad el Papa Clemente XII, con fecha 29 de Agosto de 1731; en cuyo decreto, suscrito por el Cardenal prefecto De Marinis, se autorizó la fiesta de entrambos religiosos martirizados, para el 19 de Mayo de cada año, bajo el rito doble mayor con oficio y misa, habiéndose también mandado extender este culto á toda la Orden franciscana de España, por otro reciente decreto de la Congregación de Ritos, fecha 17 de Diciembre de 1894, no sin que haya contribuido muchísimo el referido P. Castilla á la extensión de aquel culto, con trasladar por sí mismo á la ciudad de Lucena y colocar con sus propias manos en el convento de Madre de Dios, dos huesos que hizo extraer de entre otros seis que hasta entonces habían conservado los religiosos de San Luis el Real de la Zubia, en dos graciosos y bien tallados relicarios de madera en forma de portadas greco-romanas, existentes después en la Iglesia parroquial de esa inolvidable villa de la Zubia.

Por su parte el Arzobispo que fué de Granada Don Pedro de Castro y Quiñones, fundador del célebre Colegio llamado del Sacro Monte, erigióles el año de 1610 en la fortaleza de la Alhambra y mismo lugar donde es fama



fueron decapitados nuestros Beatos, la columna de mármol matizado que tenemos indicada, la cual, como todos saben, tiene una lápida conmemorativa del suceso, y una cajita de espesos alambres de hierro en que fueron encerradas ciertas reliquias de los dos Santos, que tal vez el tiempo ó manos alevés pueden haber hecho desaparecer, pues según manifestación de respetables religiosos franciscanos, que mandaron registrar esa caja, no parece contener ya semejantes reliquias.

## VI

Para concluir diremos, que el crimen de Mahomad no quedó impune. Apenas había empezado á disfrutar de los beneficios de una tregua que hizo de manera especial con los cristianos, cayó postrado en cama con peligrosa dolencia, incomprensible para los médicos más afamados que llamó en torno suyo, pero muchos atribuyeron á haberse vestido por equivocación una camisa envenenada que conservaba para regalársela á su hermano Jusef, todavía preso en Salobreña. Agravóse en tales términos, que no pudieron ménos de revelarle la proximidad de su muerte. Oyó la noticia acobardado y con gran congoja: más como no quería que su expresado hermano disfrutara la corona ni le sobreviviera, llama al arraez Ahmad Aben Farag y le ordena que sin pérdida de momento parta á aquel punto y quite en seguida la cabeza á ese príncipe á quien odiaba. Era tal el hábito de obediencia y sumisión que por sus crueldades tenían todos á Mahomad, que las dilaciones en cumplir sus mandatos por



bárbaros que fuesen, se consideraban grandes delitos: así fué que Ahmad salió desde luego para Salobreña, á donde llegó pronto, hallando precisamente á Jusef sentado bajo el templete de un jardín y entretenido en jugar con el Alcaide de la fortaleza una partida de ajedrez (1). Ambos se levantaron ofreciendo sus almohadones de seda y oro al emisario granadino, el cual rehusó aceptarlos con ademán sombrío, dando á leer al Alcaide su dicho escrito donde se le mandaba quitar la vida á Jusef, á fin de que ejecutara la sentencia. El Alcaide, sorprendido de tamaña crueldad, no pudo disimular su turbación, pues además de tratarse del sacrificio de un príncipe inofensivo y verdadero heredero del trono que le había usurpado Mahomad, repugnaba descender al oficio de verdugo. El arraez instaba con impaciencia la ejecución de la sentencia, y el Alcaide vacilaba aún, estimulado por sus nobles afecciones á Jusef. Entonces éste presumiendo que el papel leído contenía el decreto de su decapitación, exclama:—¿Se trata de mi muerte? ¿Quiere el Rey mi cabeza? aquí está: ejecútese la sentencia, pero dejadme, Ahmad, que acabe el juego; que aunque gane, concluiré perdiendo.—Condescendió el arraez por considerar inocente el favor, y sentados príncipe y Alcaide continuaron el juego, en el cual el segundo no hizo otra cosa, tal era su turbación, que equivocó la marcha de los castillos y peones, dejando indefenso al rey.—Jusef preparaba sus alfiles y su reina para matar ese rey, y se disponía á rendir el postrer suspiro con la próxima jugada final, cuando hé aquí que suenan presurosas pisadas de caballos y se desmontan varios cortesanos que venían de Granada á toda carrera. Hincan la rodilla ante Jusef y exclaman: «Mahomad acaba de morir, espirando aborre-

---

(1) La fuente Alcántara.



»cido y entre las maldiciones del pueblo. Este os ha pro-  
»clamado Rey, pues vuestra era la corona. Corred allá  
»sin demora, que se os espera impaciente.»—

¡Dios había vengado el bárbaro atentado del martirio de Fray Juan de Cetina y Fray Pedro de Dueñas, y precisamente en día y mes igual (19 de Mayo de 1408) al en que Mahomad los sacrificó! ¡Que estos Santos echen su bendición sobre Granada en el próximo centenario de sus muertes, les pide con fervor

Eduardo Caro.













